

EN EL MUNDO DE LA CRUZ ROJA Y DE LA MEDIA LUNA ROJA

Reunión de familiares

La Revista se complace en publicar un artículo (remitido por la Alianza de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja de la URSS) sobre el reencuentro de dos hermanas, Natalya y Galina Golovacheva, tras 42 años de separación; es de gran valor, no sólo por la riqueza de su contenido emocional sino también por la expresión de solidaridad que refleja entre las Sociedades Nacionales y el CICR.

De hecho, la soledad enviada por una de las dos hermanas, Natalya, a la Alianza para tener noticias del paradero de la otra, dio pie a otra solicitud enviada al Servio Internacional de Búsquedas (SIB)¹, miembro de la Agencia Central de Búsquedas del CICR (ACB). El SIB encontró la pista de la existencia de Galina en Bélgica, lo que permitió a la Agencia Central de Búsquedas ponerse en contacto con la Cruz Roja de Bélgica y, por mediación de ésta, encontrar a Galina y facilitar el encuentro con Natalya.

Este encuentro, que tuvo lugar en enero de 1987, es el tema central de una película que, por pura coincidencia, el CICR preparaba, en colaboración con la ACB y las Sociedades Nacionales. El realizador de la película, Jean Daniel Bloesch, ex delegado de la ACB, se trasladó a Bélgica para filmar a Galina y, después, gracias a la colaboración de la Alianza de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja de la URSS, obtuvo autorización para encontrarse con Natalya en Moscú. Galina también se trasladó a Moscú con el equipo de la película y la Alianza hizo las oportunas gestiones para que las dos hermanas se encontraran ante las cámaras.

Además, Galina y Natalya aparecieron en el telediario, colocaron un ramo de flores sobre la tumba del soldado desconocido para honrar la memoria de su padre y visitaron el Servicio de Búsquedas de la Alianza.

¹ Véase el resumen de las actividades y el historial del SIB, en las pp. 248-249.

REENCUENTRO DE DOS HERMANAS CUARENTA AÑOS DESPUÉS DE TERMINADA LA GUERRA

En abril de 1985, Natalya Golovacheva, de 60 años de edad, residente en Tomsk (Siberia), solicitó a la Alianza de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna de la URSS que la ayudase a localizar a su hermana Galina. Las dos hermanas se habían visto por última vez, el mes de abril de 1945, en Alemania, adonde los nazis las habían deportado desde Kursk. Se realizó la búsqueda por mediación de la Agencia Central de Búsquedas y culminó en Bruselas, donde Galina Golovacheva, viuda de Noel Thomas, de nacionalidad belga, estaba viviendo en una residencia para ancianos. En enero de 1987, tras más de 40 años de separación, las dos hermanas se reencontraron en Moscú.

Antes de atacar los nazis a la Unión Soviética, la familia Golovachev vivía en Kursk, ciudad a mil kilómetros de la frontera occidental de la URSS. Natalya tenía entonces 16 años y cursaba estudios secundarios; Galina, de 19, era estudiante de medicina. Cuando estalló la guerra, su padre abandonó Kursk porque la empresa para la cual trabajaba fue trasladada al este; de camino, resultó muerto en un ataque aéreo. Los nazis ocuparon Kursk y oficiales alemanes se instalaron en la casa de los Golovachev. Durante el crudo invierno, la madre y las dos jóvenes tuvieron que refugiarse en un cobertizo semiderruido, sin ropa de abrigo, leña y alimentos. Lo único que tenían para comer era alimento para aves que los invasores les habían permitido llevar. La ocupación nazi ha quedado grabada en la memoria de las dos hermanas como una horrible pesadilla: ejecuciones públicas, cadáveres diseminados por las calles para intimidar a la gente, toque de queda, tiroteos nocturnos y violencia.

La primavera de 1942, Natalya y Galina tuvieron que inscribirse en los registros de deportados a Alemania; a quienes se negaban a hacerlo, los mataban. La madre, aunque sobrepasaba el límite de edad fijado, fue al punto de reunión con sus hijas.

Apiñadas en un camión, las llevaron a un campo de «selección» en Brest, cerca de la frontera entre la URSS y Polonia, donde eliminaban a los

enfermos: de las 1.500 personas que llegaron allí, menos de la mitad siguió viviendo.

De Brest fueron trasladadas a Brunswick (Alemania Occidental), y de allí a una fábrica de enlatados en Schmalbach, donde trabajaban de 12 a 14 horas por día; recibían a cambio 200 gramos de pan de centeno y sopa de nabos. Las mujeres hambrientas morían, muchas de ellas de tuberculosis.

Entre los trabajadores, había un prisionero político alemán llamado Ernst, quien se compadeció de Natalya; su esposa le daba en secreto pedacitos de pan con margarina todos los días. «Tú eres joven y debes vivir; Hitler es un condenado», le decía. «Probablemente le debemos la vida a Ernst», dice Natalya.

Galina conoció en la fábrica a un prisionero belga, miembro del movimiento de resistencia, llamado Noel Thomas, activamente implicado en las actividades secretas del campo. Galina y otras jóvenes eslavas le ayudaron a organizar la huida de tres prisioneros franceses. Se aproximaba el final de la guerra y los prisioneros esperaban ansiosamente la llegada de los libertadores; el alambrado del campo había sido destruido durante un ataque aéreo y el enérgico Noel decidió no seguir esperando la llegada de los norteamericanos y huir con Galina. «Las encontraré muy pronto», fue lo último que dijo Galina a su madre y a su hermana. El destino les deparaba otro desenlace.

La Alemania nazi fue vencida. Natalya Golovacheva y su madre regresaron a Kursk, donde, en 1946, les dijeron que Galina había muerto. Pero estaba viva. Noel la llevó a casa de su madre en Bruselas, desde donde ella envió cartas a su antigua dirección y a otros familiares; pero no obtuvo respuesta alguna. Pasaron los años; Galina y Noel tuvieron dos hijas. Noel cayó gravemente enfermo y murió, en 1969, a los 50 años de edad. A Galina le ha tocado trabajar mucho toda su vida: hizo limpiezas, lavó platos, trabajó en una panadería y vendió periódicos. Por último, desempeñó un cargo técnico, como química, en la Universidad Libre de Bruselas, donde aplicó los conocimientos adquiridos, antes de la guerra, en el instituto médico. Actualmente vive en una residencia para ancianos; visita a sus hijas con frecuencia y quiere mucho a sus nietos.

¿Por qué las cartas que Galina envió a la Unión Soviética no tuvieron respuesta?

Después que les dijeron que estaba muerta, su madre y su hermana dejaron de esperar noticias de ella. Tras haberse graduado en la escuela técnica, Natalia solicitó un puesto en Siberia. La guerra había dispersado a muchos de sus viejos amigos y de sus familiares, otros estaban muertos

(veinte millones de ciudadanos soviéticos perdieron la vida durante la guerra —cerca de la mitad personas civiles—, y más de 1.700 ciudades fueron destruidas).

En Siberia, Natalya Golovacheva ingresó a una empresa de construcción y, después de graduarse, trabajó en una oficina de construcción durante más de 30 años. Nunca ha estado casada, compartiendo el destino de muchas mujeres cuyo novio muere en la guerra. Adoptó a una niña de seis años y fue la tutora de sus dos hermanos. Su madre murió a la edad de 50 años. Actualmente, Natalya está jubilada y vive con su hija, casada y madre de dos niños.

A comienzos de 1985, le dijeron a Natalya que una persona extranjera estaba tratando de localizar a sus parientes en Kursk. Natalya no sabía quién era esa persona, pero le invadió la esperanza de que su hermana estuviese viva y se tratara de ella. El 8 de julio de 1985, se dirigió a la Alianza que, a su vez, envió una solicitud a la Agencia Central de Búsquedas del CICR en Ginebra. El 9 de octubre de 1986, se localizó el domicilio de Galina.

En enero de 1987, la Alianza, el CICR y la Cruz Roja de Bélgica organizaron el viaje de Galina a la URSS y su estadía allí durante cuatro días. Las dos hermanas se reencontraron al fin, tras más de 40 años de separación. Llenas de emoción, lloraron de alegría y de pena a la vez; alegría por el reencuentro y pena por su juventud desperdiciada a causa de la guerra.

Han pasado más de 40 años desde que terminó la Segunda Guerra Mundial, pero las heridas que ha dejado sangran aún en los corazones. La Cruz Roja de la Unión Soviética continúa recibiendo más de 30.000 cartas por año de ciudadanos soviéticos y de extranjeros que desean conocer el paradero de sus familiares desaparecidos durante la guerra.
